

Pregón de Semana Santa

Mancha Real 24 de Marzo de 2.007

Por

José F. Morillas Fernández

Reverendo Sr. Arcipreste de Mágina y párroco de San Juan Evangelista, Reverendo Sr. Párroco de la Encarnación, distinguidos miembros de las Cofradías y Grupos Parroquiales, amigos y amigas, señoras y señores:

Quiero, en primer lugar, dar las gracias a la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Santo Entierro, y a su Hermano Mayor Juan de Dios Gómez, por haberme designado como pregonero de la Semana Santa de Mancha Real 2.007. Me siento muy honrado de serlo. Y, aun consciente de mis escasos méritos, entiendo este honor en base fundamentalmente a dos motivos: la gran devoción a Nuestro Padre Jesús Nazareno de Manuel Morillas mi padre y Manuel Morillas mi hijo, y el enorme cariño, tal vez la pasión que siento por mi pueblo.

Quiero agradecer también a doña Carmen Ramírez, ilustre pregonera del pasado año, sus cariñosas palabras de presentación. Ha exagerado y encontrado excelencias donde no las hay.

Mis sentimientos también de gratitud a mis padres, ya en el Señor, que me educaron en la fe y me hicieron amar las letras. A mi esposa, hijo y hermano por su continuo aliento.

Y, una vez cumplido este deber de agradecimiento, comienzo sin más preámbulos.

Memorias de mi infancia : Hace algunos años, tal día como hoy, el Sábado de Pasión, se tapaban todas las imágenes de los templos con un paño morado en señal de penitencia y de que estaban próximas las celebraciones de la Semana Mayor. Era ésta una semana de luto, de dolor. El Viernes Santo ni tan siquiera había emisiones de radio fuera de las noticias y la música sacra. Cerraban los cines y todo tipo de espectáculos. Las campanas cesaban en su cometido, sustituyéndose sus tañidos por el inconfundible, tenebroso y

estremecedor ruido de la “carraca”. Eran “las tinieblas”. No se podía cantar, ni gritar, ni hablar fuerte (“el Señor está muerto”). En las casas, limpias como los chorros del oro para la solemnidad, se comía únicamente lo que se había preparado en días anteriores: garbanzos con espinacas, espinacas esparragás, arroz con leche, papajotes Como dato curioso, era el único día de todo el año en que no circulaba la Alsina Graells. Días de austeridad, de silencio y meditación, de tristeza. Claro, que era la época en que los sacerdotes usaban bonete y sotana y los niños acudíamos corriendo a besarles las manos. Desde entonces han pasado muchos años y si observamos la Semana Santa actual, nos damos cuenta de que el ambiente general ha cambiado, ha cambiado la sociedad y las cosas se ven de otra manera.

Pero retrocedamos algunos siglos en la historia:

Todo empezó hace unos dos mil años en Jerusalén, principal ciudad de Judea, capital política y religiosa para los judíos, un domingo de primavera del año 33 de nuestra Era.

Radiante sol iluminando un firmamento azul, despoblado de nubes. Olivos y palmeras meciendo los tonos verdes de sus hojas al compás de la suave brisa. Una inmensa multitud se agolpa en las calles gritando, vitoreando, cantando himnos de alabanza: “Hosanna. Bendito El que viene en nombre del Señor”. Mucha gente extiende sus vestidos sobre el suelo y otros llevan ramas verdes. En medio de la muchedumbre, el Hombre al que llaman Jesús avanza montado sobre un pollino.

Tú, que al sol diste lumbre divina

Y a las flores su aroma les diste

Por Ti el mundo de gala se viste

Y en Ti cifran su dicha y su honor.

El pueblo de Israel espera un Libertador, el Mesías Prometido, que ellos entienden como un líder político que les librerá del yugo romano. Y es que, como ciegos guiados por ciegos, no han comprendido nada: no se han enterado que el Reino de Dios está en los corazones, que su única espada es la Palabra y que su gran, enorme, imbatible fuerza es solamente el Amor. Han interpretado mal a Jesús; pero hoy lo aclaman porque le ven como ese nuevo Moisés que les va a devolver la libertad. Así comienza la primera Semana Santa de la Historia.

A lo largo de los siglos, el pueblo cristiano conmemora este hecho con la Procesión de las palmas, “la borriquita” en algunos lugares, y que nuestras Parroquias celebran con la multitudinaria asistencia, fundamentalmente de la infancia, desde la ermita, desde la capilla del convento o desde diversas hornacinas hasta los templos parroquiales. Poseo, como dato anecdótico, varias fotos antiguas (de los años 50), en las que aparecen llevando sus palmas las personalidades locales, políticas y militares, de la época.

Tal es la importancia que se le da, o al menos se le daba, a la Semana Santa como Fiesta grande, que era el momento de estrenar la ropa fuese nueva o reformada (estoy la mar de contento, porque me va a hacer mi madre unos pantalones nuevos de unos viejos de mi padre), ropa de gala al fin, y que (muchas veces haciendo un gran sacrificio), conseguían las amas de casa para los miembros de la familia. Existía hasta un refranillo para la ocasión: “El que no estrena el Domingo de Ramos, se queda sin manos”. Y así, los muchachos jóvenes y las mocitas en edad de merecer se acicalaban al máximo, y todo hacía presagiar el estallido multicolor y vibrante de la primavera, que coincidía aproximadamente con estas celebraciones.

Se me ocurre relacionar esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y las consiguientes celebraciones con las visitas que hacen los diferentes Pontífices a diversos lugares del mundo, donde son recibidos y aclamados por enormes multitudes que los vitorean y les expresan su cariño y fidelidad. Baste recordar cualquiera de los viajes a España de S.S. Juan Pablo II “el Magno”, o la que realizó el pasado año Benedicto XVI a Valencia. Cierto es que, posteriormente, se nos olvidan esos vítores y el devenir continuo de la existencia nos hace a veces formar en la multitud que se agolpa ante el Pretorio. Pero dejemos esto para más adelante.

Durante los días siguientes, Jesús continúa su Divina misión : propone la parábola de los viñadores, maldice la higuera seca, expulsa a los vendedores del templo, habla sobre el tributo al César, alaba la generosidad de la viuda, profetiza sobre el fin de los tiempos y es ungido con unguento de nardo para su sepultura. Los días van pasando, y Él sabe que se acerca el momento de su tortura y de su Muerte.

Son días en que nuestro pueblo no celebraba desfiles procesionales, creo recordar que hasta el pasado año. Y ya en el año actual, saldrán por nuestras calles el miércoles santo el Santísimo Cristo de la Vera Cruz, llamado también el Cristo de la Misericordia, Nuestra Señora de la Salud y San Juan Evangelista.

Llegamos así al Jueves. Jueves Santo, uno de los días más grandes en la Historia de la Humanidad. Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol. Y ningún Dan Brown va a apagar el pábilo encendido de nuestra fe ni va a hacer temblar los firmes cimientos de nuestras profundas convicciones aunque pretenda con su mala novela plagada de datos incorrectos e inexactitudes históricas tergiversar el cuadro de la Última Cena de

Leonardo. Otros grandes pintores (entre ellos Rubens, Tiziano, Durero, Juan de Juanes o El Greco) han inmortalizado también este momento, y todos reflejan fielmente lo que narran los Evangelistas.

Es la hora de Dios, cuando Dios se empequeñece y se anonada, cuando Dios comete locuras para estar perpetuamente, a través del Sacerdocio, con los hombres y mujeres de todos los tiempos, de todas las razas, de todos los lugares. Cuando el Dios hecho Hombre se humilla ante los pies de sus discípulos para lavarlos y darnos su primera lección de esa noche: “Si Yo, vuestro Maestro y Señor, he lavado los pies, os doy ejemplo para que también vosotros lo hagáis”. Cuando el Dios del Amor nos enseña su gran y novedoso Mandamiento: “Que os améis como Yo os he amado”, hasta el extremo, hasta la entrega de la propia vida.

Y siguiendo este mandato de Cristo, ¡cuántos cristianos en el mundo se entregan a los demás dando su tiempo, sus energías, su coraje, su vida por salvar a los necesitados! ¡cuántas personas que sufren en todo el orbe han encontrado alivio y consuelo, han encontrado socorro espiritual y material por parte de quienes atienden el mensaje evangélico! Basten citar los ejemplos de la madre Teresa de Calcuta o monseñor Óscar Romero. Con motivo de este Mandamiento, el Jueves Santo celebramos el Día del amor fraterno.

Es también la noche del sublime Amor de Dios que, para quedarse eternamente a nuestro lado, toma la forma de un trozo de pan y unas gotas de vino. Acaso alguien se pueda llevar las manos a la cabeza o acusarme de herejía si digo que tal hecho no es un milagro. Pero digo bien: No es un milagro, puesto que milagro es por definición un hecho extraordinario y divino pero también sensible. Es, si queremos llamarlo así, un supermilagro porque aquí hay algo más: la sensibilidad de los ojos se sustituye por la visión de la fe (“dichosos los que sin verme creerán”) y la pequeñez de los sentidos se sustituye por la grandeza del alma que se fía de Dios (praestet fides supplementum sensuum defectui : que la fe supla lo que falta a nuestros sentidos).

Recuerdo con cariño a D. Rafael Martínez en sus homilías de Jueves Santo cuando, emocionado ante el inmenso amor de Cristo, no podía impedir el desbordamiento de sus lágrimas.

Según el artículo de Francisco Manuel del Águila publicado en el número de marzo de la revista La Plaza , el Jueves Santo de épocas pasadas procesionaban los pasos de Jesús de la Columna, Vera Cruz, San Juan y la Virgen de los Dolores. Actualmente, la noche del jueves santo sale en estación de penitencia el Señor Preso o Jesús de Medinaceli desde la Parroquia de la Encarnación, como anteriormente lo hacía desde el templo de

San Juan, y muchos fieles de nuestro pueblo le acompañan con reverencia y amor para expresarle admiración y respeto por cuanto sufrió por nosotros.

Estamos en el preámbulo de la Pasión. Así describe el prendimiento el poeta Carlos Murciano:

Fue por la primavera. Un viento anochecido
empujaba la pompa de jabón de la luna.
El Cedrón susurraba como niño dormido.
Getsemaní crecía su aceituna.

Fue por la primavera. El olivar bebía
la clara madrugada.
Dios oraba y gemía
a Dios, sobre la tierra ensangrentada.

Se alzó. Como una palma de amargura,
como un junco moreno y vacilante.
-¿Duermes, Simón?-. Temblaba de dulzura,
temblaba de ternura su semblante.

Luego dijo: -Es la hora-. Volvió la frente al cielo
y adelantó unos pasos por ver al que venía.
Se oyó: -Salud, Rabí-. Rodó un beso hasta el suelo.
Judas tocó sus labios y ya no los tenía.

Jesús puso sus manos para que las ataran.
La luna ocultó en nube su lágrima primera.
Y mientras que dejaba que lo crucificaran
once sombras huyeron su amor por la ladera.

En efecto, tras haber cenado, Jesús fue con sus discípulos al Huerto de los olivos y comenzó a orar pidiendo a su Padre que alejase de Él ese amargo cáliz, pero sometiéndose al mismo tiempo a su voluntad. (“Se hizo obediente hasta someterse a la muerte, y una muerte de Cruz”- afirma San Pablo). Y tal fue su angustia que sudó sangre.

Dice el Doctor Barbet, médico francés: “El único evangelista que menciona el hecho, es médico: Lucas. Y lo hace con la precisión de un clínico. El sudar sangre, o hematohidrosis, es un fenómeno rarísimo. Se produce en condiciones excepcionales: es necesario el agotamiento físico, acompañado de un daño moral violento causado por una profunda emoción, por un gran temor. El terror, el miedo, la angustia terrible de sentirse cargado con todos los pecados de los hombres deben haber aplastado a Jesús. Semejante tensión extrema produce la ruptura de las finísimas venas capilares que están bajo las glándulas sudoríparas. La sangre se mezcla con el sudor y aparece sobre la piel. Después gotea por todo el cuerpo y cae a tierra.”

Tras este episodio, despierta a los discípulos predilectos y se dispone a entregarse a los enviados de los Sumos Sacerdotes. Entrega que se produce a través de una señal de amor, cariño o afecto; a través de un beso. En efecto, es uno de los suyos, Judas Iscariote, quien le traiciona por el precio de un esclavo muerto. Posteriormente se arrepentirá y se quitará la vida. Y todas las generaciones identificarán a Judas con “traición”.

Aún recuerdo mi participación en algunos pregones de Semana Santa en el Teatro Ideal Cinema de Ubeda como miembro del Coro de la SAFA dirigido por el llorado D. Isaac Melgosa. Y una de las piezas que interpretábamos, se titulaba : “Judas mercator pessimus”. Judas, pésimo mercader, pidió un beso al Señor; Él, como un cordero inocente no se lo negó. Por un puñado de monedas de plata Judas traicionó a Cristo. Mejor hubiese sido para él si no hubiese nacido.”

Y Jesús coloca la oreja a Malco y nos enseña que no se debe usar la espada. Como dice el gran poeta José Zorrilla :

Cristo, rey, no empuñó cetro ni espada;
en el polvo sembró de su camino
de su fe la semilla; a su destino
dejándola y al tiempo encomendada.

Y se va preso como un malhechor a someterse a un juicio sumarísimo, nada imparcial, de resultado y sentencia ya conocidos de antemano. Es la farsa que tienen preparada los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas. No perdonan. Jesús les ha puesto en ridículo muchas veces afeando su forma de proceder y quitándoles la autoridad que pretendían perpetuar para poder seguir dirigiendo a un pueblo ciego. Y ni perdonan ni olvidan. Quieren que desaparezca, les estorba. Están dispuestos a todo. Y lo sentencian por blasfemo (Dios ofendiéndose a Sí mismo, qué paradoja).

Mas, como el poder romano les ha privado de la facultad de matar, tienen que llevarlo a Pilato que es el único autorizado para condenarlo a muerte. En el ínterin se producen las negaciones de Pedro, la piedra angular del proyecto de futuro que Jesús ha preparado. Él también es débil. Y, como dice un canto litúrgico “Pedro te negó 3 veces, mil veces yo te negué; si Pedro lloró su culpa, mis culpas yo lloraré”.

Pilato, cobarde, no quiere disturbios que le hagan quedar mal con el César. Se da cuenta de la inocencia de Jesús, ve que los príncipes de los sacerdotes se lo han entregado por

envidia, pero no va a hacer nada que le suponga una molestia. Intentando calmar los ánimos de los dirigentes, idea una brutal estrategia: que lo torturen, a ver si de ese modo se calman sus ansias de sangre. Y, en efecto, se lo entrega a los soldados que lo abofetean, le insultan, lo flagelan y le ponen una corona de espinas. Dicho así, parece una nadería, nada importante. Pero más vale una imagen que mil palabras. Hemos tenido ocasión de ver las torturas que sufrió Jesús en imágenes crueles, pero realistas, que ponen los pelos de punta. Me refiero a la película de Mel Gibson “La Pasión de Cristo”, que refleja lo que eran los tormentos de los condenados en aquella época.

Seguimos en Jerusalén, en la plaza situada delante del Pretorio. Una multitud enorme grita y vocifera, pero...atención, sus gritos han cambiado de signo. Ahora no dicen ¡hosanna! sino ¡ crucifícale!. Lo que se esperaba una manifestación de apoyo se ha convertido en todo lo contrario. El gobernador pregunta si quieren su libertad. Pero los príncipes de los sacerdotes hablan con la gente...cuchichean, parece que hacen promesas... en otros casos parece que amenazan... Sus gestiones han obtenido fruto. Sí; la gente ya se ha decidido. Piden la liberación de Barrabás. Y gritan más fuerte, pidiendo ahora la crucifixión para Jesús. No les importa su lamentable estado, su sangre, su fatiga. Cada vez gritan más fuerte pidiendo la crucifixión. Yo creo que ya está decidido: Pilato va a sacrificar la víctima que le piden.

En efecto, Pilato ya se ha decidido; no ha hecho caso ni siquiera a los avisos de su mujer; le domina el ansia de poder y un tal Jesús no se va a interponer en sus planes.

“Ibis ad crucem” (irás a la cruz). Así se cumplió lo que Jesús había predicho “Si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí”.

Y cargan a Jesús con su Cruz. Es la madrugada del Primer Viernes Santo de la Historia, el Día grande de la liberación del género humano. Jesús con la cruz a cuestas, Jesús Nazareno, Nuestro Padre Jesús. Con estos y otros nombres aclaman el pueblo cristiano y la multitud de cofrades con su túnica morada a la bendita imagen que aparece, aún de noche y precedida de la majestuosa cruz de guía, por la puerta principal de nuestro monumental templo renacentista. Lo mismo que lo aclamaba cuando su salida era, hasta hace pocos años, por la puerta lateral.

Había por supuesto muchas más personas, pero vagas memorias de mi infancia recuerdan ante el trono con sus túnicas de nazareno a Luis Gómez, Juan Chica y mi padre a quien por cierto también recuerdo vagamente vestido con ella dentro de su féretro.

Viernes Santo. Día de luto y a la vez de esperanza para toda la Humanidad. Todo un Dios va a entregar su vida por nosotros. (“Para redimir al siervo entregaste al Hijo”, decimos en la liturgia). Vemos, pues, a Jesús cargado con el madero; como ya no puede con él tras las torturas sufridas, cogen a Simón de Cirene y le obligan a compartir el peso. Feliz Cirineo, que podría decir con Santa Teresa de Ávila:

Vea quien quisiere
rosas y jazmines,
que si yo te viere,
veré mil jardines,
flor de serafines;

Jesús Nazareno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Cerca de Jesús, su Santísima Madre Dolorosa, sus discípulos y algunas piadosas mujeres; entre ellas, la Verónica que enjuga con un paño (según la tradición) el rostro ensangrentado de Cristo. En nuestra procesión de la madrugada santa, Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, cargado con la Cruz a cuestas, llevando sobre Su divino hombro los pecados del mundo. Bello rostro ensombrecido por el tormento. Acumulación de dolor en la Noche más Negra de la Humanidad.

Aparece también San Juan Evangelista. (Por cierto, hace años también participaba en el desfile procesional la Verónica; y recuerdo que en una ocasión, bajando por la calle Maestra, se le cayó la corona y a punto estuvo de provocar con su filo algún percance entre los fieles). Y la Virgen de los Dolores.

La Iglesia, Mística Rosa

Os apellida triunfante

Por ser Vos la más constante

Del Eterno Verbo esposa.

Precedida también de su artesanal Cruz de guía, magníficamente tallada por mi vecino y amigo Miguel Jordán, ornada con sus mejores joyas, ataviada de lujo con su bello manto, bajo el magnífico palio cimbreante, pletórica de flores artísticamente colocadas, aparece en el pórtico principal de nuestro templo la Señora, llevada con inmenso cariño por un grupo de intrépidas costaleras, mujeres de nuestro pueblo que quieren participar activamente en el merecido homenaje a la Madre del Verbo Divino, a la Madre del Dios Hecho Hombre que es al mismo tiempo Madre de la Humanidad.

Así describí la procesión de Jesús en un poema publicado en la revista Nazareno de 2.006, y que titulaba

MADRUGADA

Fría madrugada,

gélido viento que baja de la Peña,

manto de estrellas titilantes

sobre mi Manchuela.

Es, otro más, Viernes Santo.

El pueblo cristiano celebra
lleno de esperanza y, a la vez, de espanto
la muerte de Dios en la tierra.

Agonía del Huerto y traición de Judas,
corona de espinas ,burlas, latigazos ;
como sabes todo, hasta sangre sudas:
muerte cruel te espera allá en el Calvario.

Triste recorrido, largo itinerario
con la cruz a cuestas de tu cuerpo santo,
molido de pena, dolor y cansancio
mas pleno de amor al género humano.

Ese rostro puro en tu imagen bella
(pupilas brillantes , mirada serena)
fija la atención de tus nazarenos :
unos en la tierra; otros ya en el cielo.
A pesar del frío que hiela los cuerpos
oleadas de fuego nos abrasan dentro:
estás ya en la Plaza, fuera de tu templo;
junto al del azahar de naranjos bellos,
percibes aromas de cera e incienso.

Con áureos reflejos, cirios cual luceros,
sube a Ti el cariño, la gran ovación
de muchos mancharrealeños.

Y en tu paso lento sobre nuestras calles
mientras nos bendices, Jesús Nazareno,
como en el Tabor, nos vas recordando
que si muere Dios
es para decirnos :

- Tened confianza, hay Resurrección.

Las tres imágenes, pues, recorren nuestras calles rememorando aquel histórico momento. Más adelante se les unirá el Cristo de la Piedad, el Cristo de los jóvenes, ya crucificado y a quien acompañan una gran cantidad de penitentes con sus túnicas blancas y sus llamativas capas rojas. Es impresionante, y de un colorido especial, el círculo que forman sus Cofrades en la rotonda del Convento mientras los costaleros levantan a pulso (“al cielo con Él”, como dice su capataz) al Crucificado. Y siempre me ha parecido de una exquisita cortesía el regalo del ramo de flores que colocan sobre el trono del Nazareno. Es uno de los momentos más esperados de nuestras procesiones; y para asistir a este primer encuentro, una multitud de personas se congrega en los alrededores de la citada rotonda.

Penitencia, y dura penitencia, la subida de los tronos desde la Casa de la Cultura por la empinada calle Juan Castillo; pero qué imagen tan espléndida la alineación de las imágenes escoltadas por las serpenteantes hileras de cirios encendidos, como flores abriéndose en la alborada. Y en la calle Francisco Solís, ¡vaya lujo de nombre!, y ya con las primeras luces del alba, se nos ofrece una vista impresionante de todo el cortejo procesional. En muchos momentos del recorrido, hienden el espacio y el espíritu las saetas, expresión viva de la tradición y del dolor popular en Andalucía ante la Pasión; saetas que se expresan con la poderosa voz, y sobre todo con la gran emoción y el enorme sentimiento con que Juan Casas las vive.

Una novedad introducida hace poco tiempo es el segundo encuentro, en este caso de Nuestro Padre Jesús, el Cristo de la Piedad y la Virgen de los Dolores. Se produce ya a plena luz del día en la Plaza de la Constitución, frente a la fachada principal del templo. Y es un momento de gran belleza plástica y de enorme emotividad: al reunirse las tres imágenes, y a los solemnes acordes de una marcha procesional, los fervorosos y enardecidos costaleros empiezan a mecerlas al unísono acercándose paulatinamente mientras la multitud estalla en estruendosos aplausos, que no cesan hasta que se encierra la Dolorosa, última imagen del cortejo.

Esta procesión de la madrugada del Viernes es, sin duda, la más solemne y concurrida de nuestra Semana Santa y la que concita más fervor entre los mancharrealeños.

Y llega, por fin, al monte Calvario, al Gólgota, que aquí significa lugar de la calavera; le han dado vino mirrado, pero no ha querido tomarlo. Le han crucificado y se han repartido a suertes sus vestidos. Cuando le han crucificado era la hora de tercia. Hay un título sobre la Cruz: “El Rey de los judíos”. Han crucificado con Él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Se oyen insultos de los transeúntes y burlas de los príncipes de los sacerdotes. Es el fin. Ahí queda, clavado en la Cruz.

Clavado en la Cruz. Y viéndole así, como nos cuenta Antonio Machado en su poema “Saeta”, popularizado por Juan Manuel Serrat, dijo una voz popular:

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?
¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la Cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!

Desgraciadamente, esos clavos no se le quitarán hasta después de muerto. Porque, en efecto, después de perdonar a sus enemigos, después de dejarnos a María como Madre y después de clamar su desamparo “Eloí, Eloí, lama sabachtaní “; “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado”, dando una gran voz exhaló su espíritu.

Sí, Jesús, el Hijo de Dios, ha muerto. Y viéndolo inerte, el ser humano siente lástima de Dios. Por ello, brotan del alma los versos de aquel famoso poema atribuido a varios escritores célebres:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Y se rasga el velo del templo, y se produce un gran terremoto, “petra aperta sunt et monumenta aperta sunt”, se hienden las rocas, se abren los monumentos y muchos cuerpos de santos que habían muerto, resucitan.....

Y los sacerdotes, en la celebración litúrgica de la muerte de Cristo, se postran ante el altar representando la desolación del ser humano, huérfano de Dios.

Así expresa Lope de Vega la Crucifixión:

¿Quién es aquel Caballero
herido por tantas partes,
que está de expirar tan cerca,
y no le socorre nadie?

«Jesús Nazareno» dice
aquel rétulo notable.
¡Ay Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!

Después del nombre y la patria,
Rey dice más adelante,
pues si es rey, ¿cuándo de espinas
han usado coronarse?

Dos cetros tiene en las manos,
mas nunca he visto que claven
a los reyes en los cetros
los vasallos desleales.

Unos dicen que si es Rey,
de la cruz descienda y baje;
y otros, que salvando a muchos,
a sí no puede salvarse.

De luto se cubre el cielo,
y el sol de sangriento esmalte,
o padece Dios, o el mundo
se disuelve y se deshace.

Al pie de la cruz, María
está en dolor constante,
mirando al Sol que se pone

entre arreboles de sangre.

Dios ha muerto. El orbe entero se estremece ante tan espantoso espectáculo. Dice Eugenio D'Ors refiriéndose al impresionante Cristo de Velázquez :

El Cristo en la Cruz significa una dignidad suprema. Precisamente por lo sobrio, por lo humano, por la admirable ausencia doble de la belleza y de la fealdad física. Es noble: he aquí todo. No tiene cara, que los cabellos ocultan. No tiene sangre con que abreviar románticamente la compasión. No tiene compañía humana para hacer visajes en que se retraten las pasiones. Ni paisaje ni cielo, ni aparatosos meteoros y prodigios. Era un justo; ha muerto. Y, ¡suprema dignidad!, está solo.

Alfredo Amestoy, conocido periodista, afirma en uno de sus artículos:

La Ciencia Crucis, esa ciencia que llegó a dominar Edith Stein, sólo se llega a poseer cuando se experimenta la Cruz hasta el final. Para Edith, la judía/cristiana mártir en Auschwitz, Cristo en la Cruz no está muerto. Ya ha resucitado. Y, como ella escribió, los ojos del crucificado te están observando, interrogándote y poniéndote a prueba.

Y la Madre Dolorosa al pie de la Cruz, soportando estoicamente todos los sufrimientos acumulados durante la larga tortura y agonía de su hijo: Stabat Mater Dolorosa iuxta crucem lacrimosa dum pendebat Filius (La Madre Dolorosa estaba en pie, llorando, junto a la Cruz de la que colgaba su hijo).

Así lo cantaba Gonzalo de Berceo en el alborear de la lengua castellana:

El viernes en la noche fasta la madrugada
Sofrí grant amargura, noche negra e pesada,
Clamando: fijo, fijo, ¿dò es vuestra posada?
Nunca cuydé veer la luz del alvorada.

Y así lo canta una poetisa asturiana actual, Emma Margarita Valdés :

De pie estabas,

frente a la Cruz, al lado de tu hijo;

de pie estabas,

tu corazón llagado, estremecido.

Madre de Dios, pequeña golondrina,

palpitabas

con el dolor de clavos y de espinas.

Madre de amor, de un manantial de vida,

rebosabas

lágrimas de perdón por las heridas;

cobijabas

en tu pecho la cuna primitiva,

en tu pecho, de nanas y caricias,

conservabas

todo el fervor de tu alma de novicia.

De pie estabas,

en el monte sagrado del martirio;

de pie estabas,

frente al cadáver frío de tu hijo.

Dios ha entregado su vida por sus hijos. Y hay que enterrarlo pronto, porque el día siguiente es fiesta grande entre los judíos. José de Arimatea y Nicodemo piden a Pilato el cuerpo de Jesús, y él se lo entrega. Primero lo depositan en brazos de su madre, como lo expresa Gerardo Diego:

He aquí helados, cristalinos
sobre el virginal regazo,
muertos ya para el abrazo,
aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
Qué soledad sin colores.
Oh, Madre mía, no llores.
¡Cómo lloraba María!
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores.

Después lo llevan a un sepulcro nuevo, abierto en la piedra, que se encuentra cerca del lugar de la Crucifixión. Sellan la piedra que tapa la entrada. Y para que no haya problemas (porque Él ha dicho que va a resucitar y puede haber fraude) unos soldados montarán guardia ante su tumba.

La tarde del Viernes Santo, en Mancha Real, la procesión del Santo Entierro nos muestra a Jesús dentro de la urna, de madera cromada y cristal, que le sirve de ataúd. Por delante va la imagen del Crucificado, que se quedará en el convento con gran pena de sus cofrades a quienes les gustaría que el desfile fuese eterno. Los nazarenos visten sus capas negras en señal de duelo. Y, cómo no, la Madre Dolorosa va tras el hijo muerto mostrando en su bello semblante las líquidas perlas de sus lágrimas y la huella profunda de todos los dolores que ha padecido.

Dios ha muerto. Y ha sido enterrado. Más tarde, la Madre de la Soledad pasea por las calles de nuestro pueblo esa “espada que atravesará su alma”. Por cierto, queremos pedirte perdón, Madre, por los insensatos que, so capa de un mal entendido progresismo, publican libelos blasfemos que ofenden la dignidad, no ya de todos los cristianos, sino de cualquier persona con un ápice de sensibilidad. Queremos que sepas que tales personajillos ni siquiera merecen nuestro desprecio, porque solamente pueden inspirar lástima. Un motivo más por el que tu rostro muestra profunda tristeza, desgarramiento del alma lacerada por el dolor más grande que mujer alguna puede sentir: la muerte inesperada, cruel, e injusta de un hijo en la plenitud de su existencia. Dolor que no puede calmarse ni con los aplausos recibidos a su salida, ni con la música que la acompaña en su recorrido, ni con el cortejo de tantos fieles que la escoltan, ni con el dolor que sufren quienes la siguen descalzos por alguna promesa.

Pero Dios es imperecedero, Dios no puede morir. Y Jesús ya lo había anunciado: Al tercer día, resucitaré. ¿Qué fuerza tiene una piedra por sellada que esté, ni unos soldados aunque vayan armados hasta los dientes, ni los príncipes de los sacerdotes, ni el mismo Imperio Romano con toda su poderosa fuerza ... ante el supremo poder del Dios Omnipotente?

Y, en la noche más clara que vieron los tiempos, en la noche más esperanzadora para la Humanidad, en la noche más jubilosa... Jesús vuelve a la vida.

Tres mujeres de entre sus seguidoras afirman que a la salida del sol fueron a ungir el cadáver de Jesús; iban pensando quién les movería la piedra. Pero al llegar, vieron la piedra removida y al entrar vieron un joven con túnica blanca que les causó gran temor. El joven les habló anunciándoles que Jesús Nazareno, el crucificado, ha resucitado; que no está allí. Y les enseñó el sitio donde le pusieron. También les anunció que le verían en Galilea, como había dicho.

Sí; Jesús ha resucitado. Dios no puede pudrirse en las tinieblas de un sepulcro. Su fuerza y su poder dominan el Universo, y ya lo ha mostrado anteriormente resucitando a varias personas. Cristo vive, y vive para siempre. Es Alfa y Omega, principio y fin.

Así lo celebramos en la Vigilia Pascual, la más hermosa celebración del año litúrgico. Recuerdo como algo que me impresionó vivamente en mi infancia el descender del velo morado en la hornacina superior del retablo del Altar Mayor, (retablo realizado por Palma Burgos según aparece en uno de los libros de D. Martín Jiménez y existente gracias al empeño del párroco D. Emilio Palop) y entre repique de campanas y las alegres notas del Gloria, la aparición tras él de la imagen triunfante de Cristo Vivo. Desde hace muchos años, son Jacin y Paco quienes transportan la imagen desde el atrio

hasta el Altar Mayor. Pero, de una u otra manera, lo importante es el hecho: Jesús ha resucitado.

Así lo cantaba con su profunda voz nuestro querido y llorado D. Francisco Moreno: “Exulten por fin los coros de los ángeles... Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo. Feliz culpa, que mereció tal Redentor”. Supongo que este año también lo cantará D. Javier, el nuevo Párroco de la Encarnación, mientras que D. José Antonio lo recita; eso sí: tras el canto de las letanías que realiza su hermano, nos empapa bien, a conciencia y entre sonrisas, con el agua recién bendecida. Felices Pascuas. Porque es día de alegría, es día de fiesta. Y nuestro canto es el Aleluya, en señal de gozo y de la victoria de nuestro Dios.

Esta es la Semana Santa. Esto es lo que el pueblo cristiano conmemora cada año, no solamente como un recuerdo sino como un acercamiento a la misma vida que Cristo nos exige.

Y, si miramos con ojos de fe, lo principal de la Semana Santa no se encuentra en las procesiones sino en las celebraciones dentro del templo. Tan importantes son, que ni el Jueves ni el Viernes Santo son días de precepto: se supone que un cristiano no puede dejar de lado esas conmemoraciones sin necesidad de que la Iglesia imponga su asistencia.

Sin embargo, para una gran mayoría del pueblo, la Semana Santa se concentra en las procesiones. En ellas vuelcan una gran parte de su religiosidad manifestando su devoción o entusiasmo por tal o cual imagen preferiblemente. ¿Es eso algo malo? Sinceramente, creo que no. Cuando los penitentes se colocan su hábito para acompañar las Sagradas Imágenes, cuando los costaleros (a cuyo fervor y abnegación habría que dedicar todo un capítulo) se meten bajo los tronos soportando el peso, el calor, el sudor, la incomodidad; cuando se levantan de madrugada o recorren a paso lento las calles de nuestro pueblo, a veces descalzos, no me parece que sea solamente por tradición, costumbre o folklore. Tiene que haber algo más: tiene que estar subyacente el amor a Dios y a su Madre.

Esas flores multicolores que con tanto mimo colocan las diferentes Cofradías y Grupos de Pasión sobre los tronos decorados con esmero, simbolizan desde mi punto de vista una ascensión virtual a lo trascendente. Por las imágenes, a Dios.

Se nos acusa a veces a los cristianos de idólatras, porque –afirman- adoramos a efigies o estatuas. Y ello es rotundamente falso. Un cristiano solamente rinde culto de latría, de adoración, a Dios. Ni siquiera adoramos a María, a quien tributamos un culto de hiperdulía (veneración, mayor que a los santos, pero veneración al fin). ¿Qué son, entonces, nuestras procesiones? Son, sencillamente, un acto público de fe. Son una catequesis escenificada. En ellas reverenciamos la representación de Jesús, María o los diferentes santos. Solamente hay una procesión auténtica en la que sí adoramos al Dios vivo. Y no aparece ninguna estatua, y no se realiza en Semana Santa. La única procesión con Presencia real de Dios es la del Corpus Christi. Dios está aquí. Y a su paso sí que nos arrodillamos como señal de adoración.

Pero, volviendo a nuestras procesiones de semana Santa, y aun dejando de lado lo que puedan tener de colorido e incluso de sana competitividad entre las diferentes Cofradías,

el mero hecho de contemplar a tantas personas con sus túnicas y sus caperuzas, el mero hecho de ver la multitud de personas que se agolpan para ver salir las imágenes o acompañarlas en su recorrido, está indicando un anhelo de lo divino. Luego, todos somos humanos y tenemos nuestras muchas debilidades. Tal vez estemos con nuestras obras más cerca de la actitud que mostraba la multitud del Pretorio que de la actitud en la entrada triunfal. Pero en esos momentos estamos expresando que queremos a Jesús, que queremos a María; en una palabra, estamos expresando públicamente nuestras creencias. Y ello es algo importante en esta época en la que el agnosticismo cuando no claramente el ateísmo, están de moda e impregnan todo.

Luego llegará el trasladar esas vivencias a nuestro modo cotidiano de obrar. Y aquí sí que tienen un papel importante las Juntas Directivas, intentando llevar a cada cofrade lo que supone su adscripción a la Cofradía, que no es un club social, deportivo o recreativo, sino que debe conllevar un estilo de vida adecuado a esas creencias. Porque la principal misión de las Cofradías es evangelizar. Dicho de otro modo: una Cofradía debe ser un instrumento para acercar a las personas al conocimiento y el amor a Cristo.

Y uno de los aspectos en que deberían incidir, a mi modo de ver, es la estrecha relación que debe existir entre Cofradías y Caridad, esta última entendida no como limosneo o actos de compasión sino como la virtud que debe guiar al cristiano por el mandato de su Maestro, y que –como dice San Pablo en su Epístola a los Corintios- “si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha.”. Es el motivo por el que cada Cofradía tiene un representante en el Equipo de Cáritas, y el motivo por el que cada Cofradía debe aportar alguna parte de sus ingresos a dicha Institución Eclesial. Sin embargo, no podemos quedarnos ahí. En efecto, Cristo sufrió su Pasión que conmemoramos estos días. Pero en el mundo actual hay muchos Cristos (“En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis”) que sufren su pasión de cada día.

Como dice el poeta Amado Nervo :

Ya no hay un dolor humano que no sea mi dolor;
ya ningunos ojos lloran, ya ningún alma se angustia
sin que yo me angustie y lllore;
ya mi corazón es lámpara fiel de todas las vigalias,
¡oh, Cristo!

En vano busco en los hondos escondrijos de mi ser
para encontrar algún odio: nadie puede herirme ya
sino de piedad y amor. Todos son yo, yo soy todos,
¡oh, Cristo!

¡Qué importan males o bienes! Para mí todos son bienes.
El rosal no tiene espinas: para mí sólo da rosas.
¿Rosas de Pasión? ¡Qué importa! Rosas de celeste esencia,
purpúreas como la sangre que vertiste por nosotros,
¡oh, Cristo!

Porque el mundo entero es un Gólgota donde cada día se renueva la Pasión de Cristo en sus sarmientos. Recordemos la pasión de quienes sufren el azote de las catástrofes

naturales, de las guerras (algunas de ellas olvidadas) en tantos lugares del mundo; de quienes sufren los zarpazos del terrorismo en todos los continentes. Recordemos la pasión que sufren los millones de personas que padecen la tortura del hambre en ellos mismos y, lo que es peor, en sus hijos. La falta de medicinas con que aliviar sus enfermedades o prevenirse contra ellas. También padecen tortura los injustamente privados del derecho a la cultura, las mujeres que sufren (muchas veces en silencio) maltratos, vejaciones... en fin, violencia de género; los inocentes niños que son asesinados en el vientre de su madre, los que se convierten a la fuerza en niños soldados o las niñas que son hechas a la fuerza esclavas sexuales. Recordemos la pasión de quienes pierden a sus seres queridos en fatales accidentes de trabajo o de tráfico; a quienes están bajo el yugo de las drogas, del fanatismo, de las diversas dictaduras que aún permanecen en el mundo. O de quienes abandonan su país, su familia, sus amigos para buscar un porvenir digno, y mueren en el intento, o son explotados por las mafias o al llegar al paraíso soñado se encuentran con el rechazo o la incomprensión de sus hermanos.

Sí; la Pasión de Cristo se repite continuamente a través de todos los lugares y a través de todas las épocas. Y nosotros no somos, no podemos ser ajenos a ello. Como dice la canción que, a veces, interpretan nuestros Coros parroquiales: “Al atardecer de la vida, me examinarán del amor”. Recuerdo la escena que da nombre a la película Quo Vadis. San Pedro trata de marcharse de Roma para eludir el martirio. Se le aparece Jesús, y Pedro le pregunta: ¿Quo vadis, Domine? ¿A dónde vas, Señor? Y Cristo le responde: - A Roma, para ser de nuevo crucificado. Pedro entiende la lección y regresa a Roma donde morirá por su fe. Cada uno tenemos nuestra misión .Y nuestra misión es contribuir en la medida de lo posible a que esa Pasión de los hermanos acabe también en Resurrección : sintiendo el dolor de tantas víctimas como propio, apartando de nosotros la indiferencia a que muchas veces nos lleva lo repetitivo de imágenes trágicas, colaborando con Organizaciones de ayuda, denunciando las guerras, el terrorismo, los abusos contra las naciones del Tercer Mundo y toda situación que vaya en contra de los derechos humanos.

Y pidiendo a Cristo, nuestro Hermano Mayor, y a su Madre que es también la nuestra, que mitiguen tanto sufrimiento y tanta angustia. Dejemos que la Semana Santa sea Escuela de Paz, que nos enseñe a vivir en libertad y de forma solidaria con todos los hombres. Que aprendamos a luchar con las tres únicas armas de un cristiano: la palabra, el ejemplo y la oración, para que nadie sufra persecución, violencia, tortura o muerte en ninguna época ni en lugar alguno.

Así adquiere pleno sentido nuestra pertenencia a cualquier Cofradía y dejamos de ser meros “números” con caperuza o medalla.

Y, aun siendo esto lo más importante, también quiero animar a todos los cofrades a una mejora en las manifestaciones externas de fervor: se me ocurre que podríamos solicitar al Sr. Obispo de nuestra Diócesis D. Ramón del Hoyo autorización para celebrar este Pregón en el marco incomparable de nuestro templo de S. Juan Evangelista, monumento histórico-artístico; y acompañarlo con la extraordinaria calidad de alguna de nuestras bandas de música y con la actuación de alguna Coral. Sería un magnífico pórtico de la Semana Santa.

Me causó gran impacto la interpretación por la Coral Santo Reino de Jaén durante una fiesta a Jesús Nazareno de las antiguas coplillas que se cantaban en su Triduo. Y fue así porque recordaba cantarlas yo mismo acompañando a mi madre que, con otras mujeres y especialmente con la potente voz de Luisita y a los acordes del armonium manejado por mi tía Victoria, resonaban bajo las bóvedas de nuestro templo:

Pues del humano furor fuiste, Jesús, abatido

Quien te venera afligido , sienta siempre Tu favor.

Atado le llevan preso a los jueces pontificios

Los que, ciegos de sus vicios, pronto le firman proceso.

Sólo pudiera este exceso sufrir Tu infinito amor.

Muy bonito ha sido también el hecho de la recuperación de los “angelitos” en la procesión del Viernes santo, gracias al interés de Rafael Rodríguez y Paquito Cano. Sería interesante potenciar esta antigua tradición:

“Ya vienen las golondrinas con el pico muy sereno a quitarle las espinas a Jesús el Nazareno”.

Sería muy interesante, desde mi punto de vista, unificar las celebraciones litúrgicas de las dos Parroquias en estas fechas (tal como sucede el Día del Corpus), al menos en las celebraciones de Jueves y Viernes Santo y en la Vigilia Pascual. Y estudiar el recorrido procesional de tal manera que las Sagradas imágenes recorriesen calles pertenecientes a las dos. Creo que le daría un sentido de unidad a tan importantes conmemoraciones.

Aunque por segunda vez ha sido reclamado al Vicario General y por segunda vez ha sido negado, tal vez se pudiera conseguir también (si las normas litúrgicas lo permiten) un deseo largamente acariciado por la Cofradía de la Virgen de los Dolores: volver a celebrar, como antaño, la procesión de la Soledad el Sábado Santo, inmediatamente antes de la Solemne Vigilia Pascual.

Y algo muy interesante podría ser además el recuperar la procesión general del Domingo de Resurrección; aunque esto me parece harto complicado por la ya arraigada tradición de celebrarlo con un día de campo para comerse los hornazos en nuestra bonita Sierra, lo que conlleva que faltarían hombros para llevar el peso de tantas imágenes, y por tanto solamente se procesiona a Jesús Resucitado.

Son sugerencias, porque todo es mejorable; pero lo cierto es que Mancha Real, a pesar del cambio experimentado en la sociedad y en las costumbres y tradiciones seculares, reafirma cada año con más fuerza y vitalidad su celebración de la Semana Santa. Cada vez más personas, y especialmente jóvenes, se unen a las diversas Cofradías y Grupos Parroquiales en un afán de engrandecer nuestras tradiciones más entrañables. Sigamos mejorando, pues, todo ese acervo religioso y cultural, legado de otras generaciones anteriores que nos han hecho ser lo que hoy somos: un pueblo (como dice en su libro mi buen amigo José Luis Quero) “forjado en el trabajo y las ilusiones de quien mira, buscando nuevas singladuras en el progreso y en la paz cotidiana”, un pueblo –digo yo-

noble, vital, esforzado y trabajador, ejemplo para otros muchos lugares de nuestra geografía patria. Y digamos, con Leopoldo Panero:

Por el dolor creyente que brota del pecado.

Por haberte querido de todo corazón.

Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;

tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido, por haberte encontrado.

Porque es como un desierto nevado mi oración.

¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado

el recuerdo que brota cargado de ilusión!

Porque es como la hiedra, déjame que te abrace,

primero amargamente; lleno de flor después,

y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;

porque es como la rama donde la savia nace, ¡mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves!

Comienza la Semana Santa. Procedamus in pace. In nomem Domini nostri.